

Atengámonos á la definición del comentarista cervantino; porque si mi comida es pobre, procuro, en cambio, que sea un tanto variada. No soy un Lúculo ni un Trimalción. Gracias si llego á ser un mediano cultivador del *Arte de aprovechar las sobras*.

Agosto de 1890.



UN BRILLANTE

I

DETÉN el paso, devoto, curioso ó escéptico, que has venido á este palacio episcopal á edificarte, entretenerte ó divertirte con la exposición de ofrendas al papa León XIII, y escucha una historia breve, pero curiosa.

Como mía, se distingue por la múltiple variedad de facetas y cambiantes.

II

Nací, es decir, cristalicé en tierra brasileña.

Fuí llevado en bruto á París, y allí entré en quintas; esto es, me tallaron.

Perfectamente educado, léase pulido, trajéronme á la capital de las Españas, y me montaron—¡ay!—en casa de Ansorena.

Lamartine ha dicho que todos los corazones de veinte años son republicanos, y yo empecé mi vida pública siendo liberal, muy liberal...

¡Con qué orgullo brillaba yo, entre otras piedras preciosas, en el riquísimo puño del bastón de mando ofrecido por los demócratas de Barcelona á uno de los ilustres caudillos de la Revolución de Septiembre!

Cuando llegamos á manos del bizarro General, yo irradiaba luces vivísimas y lanzaba fulgurantes destellos.

—¡Vanidoso!—decía á mi lado una amatista, amoratada por la cólera.

—¡Beata, hipócrita, *nea!*—le respondía yo, sabiendo que procedía de un anillo episcopal.

En cambio, nos alegraba con su rojizos reflejos y ocurrentes observaciones, un

rubí de ideas muy radicales, que había figurado en una botonadura de Curro Cúchares.

¡Felices días aquellos de mi juventud, y trágico momento aquel en que supe que mi dueño, el intrépido adalid de las libertades públicas, acababa de perder la vida á manos, no sé si de fanáticos reaccionarios ó de ciegos demagogos!

III

Muerto el General, pasó el bastón, como recuerdo de familia, al poder de una hermana suya, de opiniones harto opuestas á las del gran combatiente.

La buena señora no veía más que por los ojos de sendas turbas de clérigos y monjas, con quien se acompañaba de continuo, y el famoso bastón no era para ella sino un odioso testimonio de la guerra declarada á las venerandas tradiciones de sus mayores.

Un día nos sacó de la caja en que yacíamos; hizonos brillar á la luz de unos cirios encen-



didos ante no sé qué imagen, y la oímos decir:

—Nada, nada, padre Servando, estoy resuelta. El alma de mi pobre hermano está muy necesitada de la intercesión de Nuestra Señora... Diga usted á sor Desposorios que todas estas piedras las destino al manto que ahora están bordando en aquella santa casa para la Virgen de las Congojas.

Yo palidecí de rabia; la amatista tarareó un *Tedéum* con acompañamiento de *¡ay, ay, ay, mutillac!*, y el rubí dijo:

—Voy á estar muy á gusto en ese manto... Las noches las pasaré cantando el himno de Garibaldi, y los días echando requiebros á las devotas guapas que vengan á rezar á nuestros pies.

IV

Íbame acostumbrando ya, aunque en un principio me dió fuertes jaquecas el olor de la cera y el incienso, á lucir mis irisados cambiantes en el manto de la Virgen de las Congojas, cuando de pronto, por los sermones que predicaban algunos curas belicosos y por las conversaciones que oíamos en la sacristía, donde se nos guardaba, nos

enteramos de que había estallado la guerra civil en el Norte y Cataluña.

Y estalló también en nuestro manto.

Estaba yo tan quemado con las bravatas de la amatista y con las pláticas de sacerdotes y sacristanes, que varias veces anduve á punto de perder mi naturaleza de brillante, convirtiéndome en humilde carbón.

Por fortuna, salí de aquel nido de odios y rencillas, aunque pasando, antes de abandonarlo, por trámites bien vergonzosos...

Todas las joyas que enriquecíamos el manto de la Virgen, fuimos arrancadas subrepticamente y sustituidas por un puñado de piedras falsas que habían figurado en las preseas de una tiple del teatro Real.

Desde las manos del capellán encargado de realizar la operación, pasamos á las de un banquero judío.

¡Nos habían vendido para allegar recursos con destino al ejército carlista!

V

Cada cual tiró por su lado.

Mi nuevo dueño, el barón Weinrebber, me destinó á formar parte de una espléndida *rivière* con que obsequió á su esposa; y he aquí—¡oh peregrinas mudanzas de la

suerte!—cómo, después de haber sido objeto del culto católico en las sagradas galas de la Madre de Jesús, me encontré brillan-



do á la profana luz de los saraos y los festines, sobre el desnudo seno de una alta dama israelita.

A despecho de mis ideas avanzadas y de mis aficiones radicales, puedes creer, amigo oyente, que me sentí humillado y envilecido por semejante cambio. Los destellos

de mis facetas eran casi todos rojos...—Es la manera que tenemos los brillantes de ruborizarnos.

Hermosa es la baronesa de Weinrebber, y con sobrada justicia figura como estrella de primera magnitud en el firmamento de las bellezas madrileñas. La airosa corrección de su busto es célebre y el modelado de su garganta es clásico... No obstante, ¡cuántas veces, al brillar en las fiestas del gran mundo sobre aquellos nácares vivientes, vi fijarse muchas miradas en mí y en mis compañeros de *rivière* con más codicia que en los encantos de la Baronesa!

Pasé algunos años en su poder, y fui dueño de todos sus secretos. Con los más interesantes podría componerse un volumen que de fijo eclipsaría ese de *La France Juive*, que tanta impresión ha causado entre cristianos y judíos.

No sé si inquieto y azorado por las cosas de que era testigo, llegué á encontrarme inseguro en mi engarce y á punto de desprenderme el día menos pensado...—Lo cierto es que, efectivamente, me caí.

Me caí de la *rivière*, estando una noche la Baronesa para salir de su *boudoir* y marcharse al baile de la Embajada alemana, en compañía de Diego Díaz de Vivar, marqués de Cardeña, descendiente del mis-

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

mísimo Cid Campeador, y *cavaliere servente* de la opulenta israelita.

Vióme caer el magnate castellano, me recogió, y con galante frase, exclamó:



—*Isménie, il s'enfuit jaloux de ta beauté.*

—*Oh, cher Dieguito! Je t'en fais cadeau... Tu le mettras dans une bague...*

Claro es ¡oh clarísimo oyente! que dejo el diálogo en francés para mayor claridad.

VI

Todo esto aconteció á principio del invierno pasado.

Mi señor el Marqués, á pesar de su alta posición y de su desenfado en punto á aceptar dádivas judías, debía de andar bastante tronado; porque sin aguardar á ponerme en sortija alguna ni curarse más del deseo manifestado por la de Weinrebber, me llevó al día siguiente al Monte de Piedad.

Y allí, sufriendo duro cautiverio y meditando sobre los caprichos de la fortuna, he pasado nueve meses de mi vida.

Diego Díaz de Vivar es diputado de la minoría conservadora, y del grupo Pidal, por añadidura.

Fervoroso creyente, á despecho de sus contubernios semíticos, desempeña la presidencia honoraria de la Juventud Católica de Orbajosa, cuyo distrito representa en el Congreso.

—Hay que hacer un regalo al Papa—dijeron aquellos estimables mestizos—con ocasión de su jubileo sacerdotal.

Y acordaron enviarle un par de zapatillas.

Cada una de ellas debía llevar un rico brillante.

—¿Quién los costeará?— se preguntaron los fieles de Orbajosa.

—¡Nuestro diputado!—se contestaron á sí mismos.

Pero el de Cardeña, poco dispuesto á arruinarse en beneficio del supremo Jerarca de la Iglesia, no les envió más que un brillante.

Ese he sido yo, y aquí, oyente pacientísimo, me tienes en esta quinta fase de mi existencia, formando el adorno más preciado de la zapatilla izquierda del Pontífice.

VII

Y puedes creer, devoto, curioso ó escéptico que has venido á este palacio episcopal á edificarte, entretenerte ó divertirte con la exposición de ofrendas al Papa León XIII, que al recordar los salones, los teatros, los altares, las revistas guerreras, el bastón del caudillo revolucionario, el manto de la Virgen, la escultural garganta de la mujer de mundo y los oscuros armarios del Monte de Piedad, no me despidió con un adiós eterno, sino con esta frase:

—¡Hasta la vista!

Madrid 13 de Noviembre de 1887.



CHUECA

Sr. D. J. YXART.

en Barcelona.

No; no tema usted que vaya á hablarle de la crisis agraria, ni de la decadencia del Carnaval, ni de la hecatombe de Río Tinto, ni de la Patti y sus pasos de agilidad, ni de las demás cosas que llenan la prensa en estos días.

Nada de eso; si algún lema pudiera yo